



Daphne du Maurier

Rebecca

Traducción del inglés de Fernando Calleja Gutiérrez



DAPHNE DU MAURIER

Rebecca

Traducción de
Fernando Calleja Gutiérrez

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Rebecca*
Traducción del inglés: Fernando Calleja Gutiérrez,
cedida por Penguin Random House Grupo Editorial

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: mayo de 2009
Segunda edición: septiembre de 2016
Tercera edición (Primera en este formato): marzo de 2020

© The State of Daphne du Maurier, 1938
© de la traducción: Fernando Calleja Gutiérrez
© Penguin Random House Grupo Editorial
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 2305-2020
ISBN: 978-84-17971-98-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos
de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

CAPÍTULO I

Anoche soñé que volvía a Manderley. Me encontraba ante la verja del parque, pero durante unos momentos no podía entrar. La puerta estaba cerrada con cadena y candado. Llamé en sueños al guarda, pero nadie me contestó, y cuando miré detenidamente a través de los barrotes mohosos de la verja, vi que la caseta estaba abandonada.

No salía humo de la chimenea y las ventanucas y sus celosías bostezaban en su abandono. Entonces, como todos los que sueñan, me sentí de repente dotada de una fuerza sobrenatural y atravesé como un espíritu la barrera que me detenía. El camino serpenteaba ante mí, retorcido y tortuoso como siempre, pero según avanzaba, noté que había cambiado; ahora era estrecho y estaba descuidado, no como yo lo había conocido. Al principio me extrañó y no lo comprendía; pero cuando tuve que bajar la cabeza para no tropezar con una rama que cruzaba el camino, me di cuenta de lo ocurrido. La naturaleza había reconquistado lo que una vez fue suyo y, poquito a poco, con sus métodos arteros e insidiosos, había invadido el camino, extendiendo por él sus dedos largos y tenaces. El bosque, siempre amenazador, incluso en tiempos pasados, había triunfado al fin. Oscuro y salvaje, llegaba hasta los bordes del camino. Las hayas, de tronco blanco y desnudo, se inclinaban las unas hacia las otras y entrelazaban sus ramas en un extraño abrazo, formando sobre mi cabeza una bóveda como la de la nave de una iglesia. Vi otros árboles mezclados con las hayas, que no reconocí: robles achaparrados y olmos retorcidos que habían nacido de la tierra silenciosa, junto a las plantas y arbustos disformes de los que tampoco me acordaba.

El camino había quedado reducido a un estrecho sendero, ya sin grava, ahogado de hierbas y musgo. Abundaban en los árboles las ramas bajas que estorbaban el paso; las raíces retorcidas parecían garras esqueleticas. Dispersos entre la maleza, pude reconocer algunos arbustos que en nuestros tiempos habían sido macizos graciosos y cuidados, como

aquel de hortensias de tallos elegantes, cuyas flores azuladas llegaron a adquirir cierto renombre. Nadie las cultivaba ahora y se habían vuelto silvestres; se elevaban creciendo desmesuradas, incapaces ya de florecer, negruzcas, feas, como los parásitos anónimos que crecían junto a ellas.

Aquel pobre hilillo blanco que un día fue nuestro camino avanzaba más y más, torciendo ora a la derecha, ora a la izquierda. Algunas veces creí que desaparecía, pero surgía de nuevo, acaso bajo un árbol caído o luchando con el barro de una ciénaga nacida de las lluvias invernales. El camino me pareció más largo que antes. Evidentemente, los kilómetros se habían multiplicado, como lo hicieran los árboles, y este camino únicamente conducía a un laberinto, a una espesura impenetrable, y no a la casa. Pero, de repente, ésta apareció ante mí. La avenida que conducía hasta la puerta estaba casi borrada por el desmesurado crecimiento de matojos exuberantes que se extendían por todas partes. Me detuve, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, mientras sentía en los ojos la extraña punzada de las lágrimas.

¡Allí estaba Manderley! ¡Nuestro Manderley!, reservado y silencioso, como siempre. Sus piedras grises brillaban a la luz de la luna de mi sueño, y las vidrieras reflejaban los verdes macizos de césped y la terraza. El tiempo no había logrado destruir la perfecta simetría de aquellos muros, ni el lugar sobre el que se alzaban como una joya en el hueco de la mano.

La terraza se fundía en los macizos, y los macizos en el mar; al volver la cabeza pude ver la sábana de plata, tranquila a la luz de la luna, como un lago al que no inquieta la brisa o el aquilón. Ni una ola rizaba aquellas aguas de ensueño, ninguna nube impelida por el poniente oscurecía la claridad del pálido firmamento. Volví a mirar la casa, y aunque se alzaba inviolada e intacta, como si la acabáramos de abandonar, vi que el jardín había obedecido la ley de la selva, igual que el bosque. Los rododendros medían más de cincuenta pies y se retorcían abrazados en extraño maridaje con una multitud de arbustos anónimos, pobres advenedizos, que se agarraban a sus raíces como si se dieran cuenta de su origen bastardo. Se veía un lilo enlazado con un haya roja, y, como si quisiera hacer la unión más fuerte, la hiedra malévolamente, sempiterna enemiga de lo grácil, había extendido sus zarcillos en derredor de la pareja y la había hecho prisionera. La hiedra reinaba en el jardín abandonado; sus largas ramas se arrastraban sobre el césped, y pronto llegarían hasta la misma casa. Otra planta, brote espurio del bosque, cuyas semillas tiempo atrás habían quedado disper-

sas y olvidadas bajo los árboles, ahora marchaba junto a la hiedra e imponía su fealdad de ruibarbo monstruoso sobre los suaves bancales de césped donde antes florecían los narcisos.

Crecían por todas partes las ortigas, vanguardia del ejército invasor. Ahogaban la terraza, se desperezaban en los senderos, se inclinaban, vulgares y delgaduchas, contra las ventanas de la casa. Centinelas descuidadas, habían dejado que rompieran sus filas los arbustos de ruibarbo; sus cabezas arrugadas, sus tallos encogidos formaban veredas frecuentadas por los conejos. Pasé del camino a la terraza, pues las ortigas no eran barrera para mí, una soñadora. Caminaba encantada y nada podía detenerme.

La luna sabe jugar con la imaginación, hasta con la imaginación de una persona que duerme. Estaba frente a la casa, callada, silenciosa, y habría podido jurar que Manderley no era un caparazón vacío sino que vivía y respiraba como en otros tiempos.

Veía luz en las ventanas; la brisa de la noche movía suavemente las cortinas, y allí, en la biblioteca, la puerta estaba mal cerrada, como la habíamos dejado, y junto a un jarrón de rosas, mi pañuelo olvidado.

El cuarto mismo era testigo de nuestra presencia allí: un montón de libros preparados para ser devueltos a la biblioteca y un número desechado de *The Times*; ceniceros con alguna colilla; almohadones que aún conservaban las huellas de nuestras cabezas, tirados sobre las sillas. En el hogar, los rescoldos de fuego, que durarían hasta la madrugada, y *Jasper*, nuestro querido *Jasper*, con sus ojos expresivos y sus dientes poderosos, estaría tumbado en el suelo, tabaleando con el rabo sobre el piso al oír las pisadas del amo.

Una nube, que antes no había visto, cubrió de repente la luna y se detuvo un instante, como una mano sombría que escondiera una cara. Desapareció la ilusión con ella y las luces de las ventanas se apagaron. Volví a ver solamente un cascarón desolado, inanimado, abandonado hasta de los fantasmas, sin que ni un eco del pasado se agarrase a sus paredes desnudas.

La casa era una tumba, y allí estaban nuestras angustias y sufrimientos enterrados en las ruinas. No resucitarían. Cuando ya despertara recordase Manderley, lo haría sin amargura. Pensaría en lo que habría podido ser, en que yo habría podido vivir allí sin sufrimientos. Me acordaría de la rosaeda en verano y del gorjeo de los pajarillos al amanecer. De la hora del té bajo el castaño, del rumor del mar que nos llegaba a través de los prados.

Pensaría en las lilas en flor y el Valle Feliz. Esas cosas eran permanentes y no podían desaparecer. Eran recuerdos que no podían causarnos dolor. Todo esto pensaba aún soñando, mientras las nubes ocultaban la cara de la luna, pues como muchos, al dormir sabía que estaba soñando. La verdad era que me encontraba durmiendo a muchos cientos de millas, en tierra extranjera, y que despertaría, pasados unos segundos, en el desnudo cuartito de un hotel cuya vulgaridad anónima me serviría de consuelo. Suspiraría un segundo, me desperezaría, daría la vuelta, y al abrir los ojos me sorprendería el sol resplandeciente, el cielo límpido y duro, tan distinto de la suave claridad de la luna de mi sueño. Comenzaría nuestro día, largo y monótono, es verdad, pero lleno de cierta paz, de una bendita tranquilidad que antes no habíamos conocido. De Manderley no hablaríamos, ni yo le contaría mi sueño. Porque Manderley ya no es nuestro; Manderley ya no existe.

CAPÍTULO II

Una cosa es segura: ya no podremos volver allí. El pasado queda aún demasiado cerca. Todo lo que hemos procurado olvidar se removería de nuevo, y aquella sensación de miedo, de inquietud furtiva, aquella lucha contra un pánico ciego e irracional—a Dios gracias, ya acallado—, podría, por alguna circunstancia ignorada, volver a la vida para perseguirnos como antes.

Él tiene una paciencia admirable y nunca se queja; ni siquiera cuando se acuerda..., lo cual ocurre, me parece, con más frecuencia de lo que él quisiera darme a entender.

Lo noto porque algunas veces se queda de repente como perdido y ensimismado; se borra la expresión encantadora de su cara, como si una mano invisible se la hubiera robado, y en su lugar aparece una máscara, esculpida, rígida, helada, siempre bella pero sin vida. Comienza a fumar cigarrillo tras cigarrillo, sin molestarse en apagarlos, y las colillas, aún encendidas, van cayendo al suelo como pétalos. Empieza a hablar deprisa y con pasión acerca de cualquier cosa, agarrándose al tema como si fuera un remedio seguro contra todo dolor. Creo que existe una teoría según la cual el dolor purifica y fortalece a hombres y mujeres, y añade que para perfeccionarse, tanto en este mundo como en el otro, es necesario pasar por la prueba del fuego. Pues aunque suene irónico, eso es lo que hemos hecho nosotros sobradamente. Los dos hemos conocido el terror y la soledad, y la angustia más intensa. Claro que, antes o después, a todos nos llega en esta vida un momento que nos pone a prueba. Cada uno de nosotros tiene un demonio propio que nos persigue y atormenta, y al final hemos de luchar contra él. Nosotros hemos vencido al nuestro, o así lo creemos.

Ya no nos persigue. Hemos salido vencedores de la prueba, aunque no hayamos escapado ilesos. Él siempre presintió el desastre, y con motivo. Hoy podría decir, como una mala actriz en una obra vulgar, que «hemos pagado el precio de nuestra libertad». Pero yo he conoci-

do durante mi vida demasiadas situaciones melodramáticas y daría con gusto mis cinco sentidos para asegurar la paz y la tranquilidad de que gozamos ahora. La felicidad no es un bien que pueda atesorarse; es una manera de pensar, un estado de ánimo. No es que algunas veces no nos sintamos deprimidos, pero también conocemos momentos que escapan al reloj y se hacen eternos, y entonces, cuando observo su sonrisa, sé que estamos juntos, que avanzamos al unísono, sin que ningún conflicto de opinión o pensamiento pueda separarnos.

Ahora no tenemos secretos para el otro. Todo lo compartimos. Es verdad que este hotelito es aburrido, y la comida no vale nada, y que los días pasan con monotonía, pero no deseamos otra cosa. En cualquiera de los grandes hoteles nos encontraríamos con demasiados de sus conocidos. A los dos nos gusta lo sencillo, y si alguna vez nos aburrimos, pensamos que el aburrimiento es un buen antídoto contra el terror. La rutina gobierna nuestras vidas; yo, ¡quién lo iba a decir!, resulta que leo muy bien en voz alta. La única cosa que a él le impacienta es que se retrase el cartero, pues eso quiere decir que tendremos que esperar otro día antes de recibir el correo de Inglaterra. Hemos intentado escuchar la radio, pero el ruido nos irrita y preferimos acumular nuestro entusiasmo; el resultado de un partido de críquet jugado hace varios días significa mucho para nosotros.

Hemos luchado contra el tedio, interesándonos simplemente por las competiciones de los alrededores, por los combates de boxeo y hasta por los campeonatos de billar. Las finales entre los equipos de varios colegios, las carreras de galgos, las curiosas y modestas competiciones de dos condados remotos..., todo ello nos satisface. Algunas veces caen en mis manos algunos números atrasados del *Field* y me encuentro transportada repentinamente desde esta isla insulsa a la realidad de la primavera en Inglaterra. Veo sus arroyuelos, los brillantes insectos de mayo, los valles verdesos donde crecen las acederas, las cornejas que vuelan por encima de mi cabeza, en círculos, como lo hacían en Manderley. Aquellas páginas manoseadas y rotas me traen el perfume de la tierra mojada, el gustillo acre de la turba de los marjales, la sensación del musgo jugoso, manchado de blanco por las garzas.

Una vez me encontré con un artículo sobre palomas torcaces, y, según lo leía en voz alta, me pareció estar otra vez en el parque oscuro de Manderley, mientras las palomas revoloteaban por encima de mí. Escuché de nuevo su arrullo, suave y complacido, tan agradable y fresco en las tardes calurosas del verano; nada alteraría la paz hasta que *Jas-*

per llegase brincando por entre las matas, buscándome, con su hocico húmedo pegado al suelo. Las palomas, como corro de viejas sorprendidas durante sus abluciones, alzaban el vuelo desde sus escondrijos, con ridículos aspavientos, y se alejaban batiendo ruidosamente el aire con las alas hasta desaparecer entre los copudos árboles. Volvía entonces a reinar el silencio en aquella soledad y yo, inquieta sin motivo, me daba cuenta de que el sol había cesado de trazar sus arabescos sobre las hojas rumorosas, que las ramas se habían vuelto oscuras y las sombras, más largas. De vuelta a casa encontraríamos frambuesas frescas para el té. Me levantaba de mi cama de helechos, sacudiéndome la falda del polvillo de las hojas del año anterior, y silbando a *Jasper*, emprendía el camino de la casa, avergonzada, según andaba, por mis rápidos pasos, por aquella mirada que echaba a hurtadillas hacia atrás.

¡Qué raro que un artículo sobre las palomas torcaces pudiera recordarme tan vívidamente el pasado, hasta el punto de hacerme temblar la voz al leerlo en voz alta! Callé de pronto al ver la palidez de su rostro, y comencé a pasar las hojas con rapidez hasta dar con una crónica aburrida acerca de un partido de criquet: la descripción de cómo el equipo de Middlesex había ido acumulando tantos en el campo del Oval un día en que el terreno estaba seco y duro. Bendije a aquellos fornidos jugadores con sus pantalones de franela, pues al cabo de unos minutos vi que su expresión era de nuevo tranquila, le había vuelto el color a la cara y comenzó a criticar con simpática irritación la técnica de ataque del equipo de Surrey.

Nos habíamos librado de caer en el pasado, y yo ya había aprendido la lección: leer noticias de Inglaterra, eso sí, de deportes, de política, de sociedad; pero guardarme para mí todo lo que pudiera ser causa de sufrimiento. Los colores, los perfumes, los ruidos, la lluvia y el beso de las aguas, hasta las neblinas otoñales y el aroma de la pleamar, todos recuerdos de Manderley que no podremos olvidar. Hay quien tiene el vicio de leer las guías de ferrocarriles. Proyectar viajes interminables a través del país, sólo por el gusto de calcular transbordos inverosímiles. Mi manía es menos tediosa, aunque igual de rara. Soy una fuente inagotable de datos acerca de la vida rural inglesa. Sé de memoria quién es el dueño de cada coto, y hasta quiénes son los arrendatarios. Sé cuántos faisanes, cuántas perdices, cuántos venados se cobran. Sé dónde abunda la trucha y dónde salta el salmón. Voy a todas las cacerías de zorros, y no hay batida a la que no asista. Hasta conozco los nombres de los que pasean a los cachorros de sabueso. El estado de las

cosechas, el precio del ganado cebado, las misteriosas enfermedades de los cerdos: todo me hace disfrutar. Tal vez sea ésta una manera tonta de pasar el tiempo, y no muy intelectual, pero me trae un poco de aire de Inglaterra y luego puedo mirar con más serenidad este cielo reluciente.

Estos viñedos achaparrados, estas pedrizas tremendas, ¿qué importan? Si quiero, puedo dar rienda suelta a la imaginación e irme a coger dedaleras y las collejas descoloridas que crecen junto a los setos húmedos.

¡Pobres caprichos de la imaginación, tiernos y delicados! Son los enemigos de la amargura y del pesar y endulzan la soledad que nos hemos impuesto.

Gracias a ella puedo gozar de las tardes y volver sonriente y descansada para asistir al pequeño ritual del té. El orden no varía nunca. Dos rebanadas de pan con mantequilla cada uno y té de la China. ¡Qué testarudos deben de considerarnos los demás al vernos aferrados a las costumbres que teníamos en Inglaterra! Aquí, en esta limpia terraza, blanca e impersonal, con sus siglos de sol, recuerdo las tardes de Manderley a las cuatro y media, con la mesa arrimada al fuego de la biblioteca. La puerta se abría puntualmente, al minuto, y comenzaba la ceremonia, siempre igual, de poner la mesa para el té; la bandeja de plata, el agua caliente, el mantel como la nieve. Mientras, *Jasper*, con las orejas caídas, pretende mirar con indiferencia la llegada de los pasteles. Todos los días, sin falta, se nos ofrecía aquel festín y, sin embargo, ¡qué poco comíamos!

Me parece que estoy viendo aquellos bollos bien calientes, chorreando mantequilla. Y las diminutas tostadas, y los bizcochos, calentitos, harinosos. Emparedados con ingredientes desconocidos, de sabor misterioso y riquísimo; y no hay que olvidar el delicioso pan de jengibre ni el bizcocho llamado «de ángel», que se deshacía en la boca, o aquel otro más sólido, cuajado de pasitas y ralladuras de limón. Había comido suficiente para dar de comer a una familia hambrienta durante una semana. Nunca llegué a saber qué hacían luego con todo aquello, y el derroche me preocupaba a veces.

Pero jamás me atreví a preguntar a la señora Danvers lo que hacía con aquellas cosas. Me hubiera mirado desdeñosamente, con una sonrisa helada, de superioridad, y me la imagino diciéndome:

—Mientras vivió «la» señora, nunca hubo motivo de queja.

¿Qué será de la señora Danvers? ¿Y de Favell? Creo que fue la expresión de la cara de ella la que me hizo experimentar mi primera sen-

sación de intranquilidad. Me hizo pensar instintivamente: «Me está comparando con Rebecca», y una sombra fría como una espada de agudo filo se interpuso entre nosotras.

Aquello ya acabó, ya ha pasado. Cesó mi tormento y los dos somos libres. Hasta mi fiel *Jasper* se ha ido al paraíso de los perros, y Manderley ya no existe. Allí está, como un cascarón vacío, entre la maleza y los bosques, tal como lo vi en mi sueño. Una masa de hierbajos, un refugio para pájaros. Puede que algunas veces llegue hasta él un vagabundo buscando cobijo durante un aguacero, y si es un hombre valiente, podrá pasear por el parque sin impedimentos. Pero el tímido, el nervioso cazador furtivo, hará bien en evitar los bosques de Manderley. Podría llegar sin darse cuenta a la casita de la playa, sobre cuyo tejado repiquetearía la lluvia, y poco descanso encontraría en aquel lugar. Puede que el ambiente allí sea aún algo angustioso... Y aquel recodo del camino, donde los árboles casi cierran el paso, tampoco es buen sitio para detenerse cuando ya se ha puesto el sol. El susurro de las hojas parece el del vestido de seda de una mujer que se mueve furtivamente; y cuando de repente tiemblan y caen, desparramándose, bien pudiera creerse que es el eco de precipitados pasos femeninos y aquellas marcas del camino, huellas de unos zapatos de tacón alto.

Cuando me vienen a la memoria estas cosas, busco consuelo en la vista de nuestro balcón. En esta luz intensa y brillante no puede haber sombras; los viñedos pedregosos relucen bajo el sol y las buganvillas están polvorientas. Puede que algún día llegue a mirar este sitio con cariño. Por ahora, si no me inspira afecto, por lo menos me da confianza. Y la confianza es algo que aprecio mucho, aunque me haya llegado algo tarde. Supongo que lo que, por fin, me ha hecho audaz es ver hasta qué punto él depende de mí. Por lo menos, ya me he librado de aquel apocamiento, de la timidez y la inseguridad ante un extraño. Hoy soy muy distinta de aquella persona que llegó por primera vez a Manderley en automóvil, llena de esperanzas e ilusiones, con la desventaja de una torpeza irremediable y llena de deseos de agradar. Claro, no era sino mi falta de aplomo lo que solía causar tan mala impresión a gente como la señora Danvers. ¿Qué debía de parecerle yo, después de haber conocido a Rebecca? Me veo tal y como era entonces, atravesando con la memoria, como por un puente, el abismo de los años, con el pelo lacio y corto, una chiquilla de cara lavada, vestida con un traje sastre, que me sentaba muy mal, y un jersey que yo misma me había hecho, siguiendo a la señora Van Hopper como un potro asustadizo e intran-

quilo. Ella entraba siempre a comer antes que yo, balanceando con apuros su cuerpo regordete sobre los tacones, con una blusa remilgada y llena de encajes, justo homenaje a sus senos abultados, y moviendo las caderas; su sombrero nuevo, atravesado por una pluma enorme, lo llevaba inclinado hacia un lado, dejando ver la ancha frente, tan desnuda como las rodillas de una colegiala. En una mano llevaba un bolso gigantesco, en el que se mezclaban pasaportes, libros de notas y la puntuación de las partidas de bridge, y con la otra jugaba con los inevitables impertinentes, fieros enemigos de la intimidad ajena.

Se dirigía a su mesa de costumbre, en un rincón del comedor, cerca de la ventana, y tras colocarse los impertinentes ante los ojillos porcinos, miraba a derecha e izquierda, dejándolos caer luego de su cinta negra, mientras lanzaba una exclamación de contrariedad:

—¡Ni una *persona* conocida! Voy a tener que pedir que me rebajen el precio. ¿A qué se creerán que vengo yo aquí? ¿A mirar a los botones?

Y llamaba al camarero, con una voz aguda y marcada, que cortaba el silencio como una sierra.

¡Qué distinto es el comedorcito en que hemos estado hoy de aquel otro, ornamentado y ostentoso, del Hôtel Côte d'Azur, en Montecarlo! Y qué diferente mi compañero de ahora, cuando sus manos firmes y bien formadas pelan una mandarina, tranquila, metódicamente, alzando de vez en cuando la vista para sonreírme, en comparación con la señora Van Hopper, con sus dedos gordezuelos y llenos de sortijas, revolviendo en el plato colmado de raviolis, lanzando una rápida mirada de su plato al mío para ver si yo había elegido mejor que ella. No valía la pena que se molestara, pues el camarero, con esa milagrosa rapidez de los de su oficio, hacía ya tiempo que se había dado cuenta de mi categoría inferior, subordinada, y había colocado ante mí un plato de lengua y jamón que alguien había rechazado hacía una hora por mal trinchado. ¡Es curioso ese resentimiento, esa evidente impaciencia de los criados! Me acuerdo de una vez que estuve invitada con la señora Van Hopper en una casa de campo, y la criada jamás acudía a mis tímidas llamadas ni me traía los zapatos, y cuando me servía el té congelado por la mañana lo dejaba ante la puerta de mi cuarto. Lo mismo ocurría en el Hôtel Côte d'Azur, aunque más disimuladamente; algunas veces, la estudiada indiferencia llegaba a convertirse en una familiaridad sonriente y ofensiva, que me hacía rehuir como si se tratara de prueba penosa hasta el hecho de comprar unos sellos al empleado de la recepción. ¡Qué joven, qué inexperta debía de parecerles! ¡Y lo peor es

que hasta yo misma me sentía así! Era demasiado susceptible, demasiado suspicaz, y muchas palabras dichas sin intención se me antojaban hirientes y punzantes.

¡Qué bien me acuerdo de aquel plato de lengua y jamón! Estaba reseco, poco apetitoso, cortado por la parte de fuera, pero no me atreví a rechazarlo. Comíamos en silencio, pues a la señora Van Hopper le gustaba concentrarse en la comida, y llegué a la conclusión, por la salsa que le chorreaba por la barbilla, que los raviolis le parecían excelentes.

No era aquél un espectáculo como para hacerme más apetecibles los fiambres que había elegido yo, así que aparté la mirada y descubrí entonces que la mesa junto a la nuestra, vacía durante los últimos tres días, estaba preparada para alguien. En aquel momento, el maître, después de inclinarse en una reverencia reservada a los clientes más distinguidos, conducía al recién llegado hacia su mesa.

La señora Van Hopper soltó el tenedor y cogió los impertinentes. Me hizo enrojecer mientras miraba sin disimulo, y el recién llegado, sin darse cuenta de que estaba siendo examinado, echó una ojeada al menú. La señora Van Hopper cerró los impertinentes con brusquedad ruidosa e inclinándose hacia mí a través de la mesa, con los ojillos brillantes de animación, dijo con una voz demasiado alta:

—Es Max De Winter, el dueño de Manderley. Habrá oído hablar de él, por supuesto. Parece como si estuviera enfermo, ¿verdad? Dicen que no puede sobreponerse a la muerte de su esposa.